

Editorial

EL INCIDENTE NO HA TERMINADO

ESTA chapuza infame de aficionados al golpe de Estado no es algo sin pasado; el temor, ahora, es cuál puede ser su repercusión en el futuro. Probablemente es un intento terapéutico todo el que se ha hecho, desde la estructura suficiente de la democracia que sobrelleva del secuestro, de aislar, de reducir el hecho que se llamaba, reiteradamente, «el grave incidente». Todo parece indicar, al final del «incidente» —salvo lo que haya podido ocurrir, lo que está sucediendo en el tiempo inevitable que transcurre desde que una revista mensual, como es ahora TRIUNFO, cierra sus páginas hasta que entra en contacto con sus lectores— que se continúa en ese esfuerzo de reducción al mínimo: un hombre al que se describe continuamente como un caso patológico, al mando de otros 200 ó 300 a los que se da por engañados en su mayoría. Y una condición que se acepta para su rendición: que ese supuesto loco se consideraba el único responsable del suceso.

Desgraciadamente, esto no es así. Las raíces del golpe son antiguas: son simultáneas, por no decir anteriores, al nacimiento de la democracia. Desde un terrorismo deliberadamente producido para producir este otro terrorismo a partir de la descabellada idea de que el mal peor es el mal mejor, porque puede provocar soluciones radicales y definitivas, hasta el terrorismo intelectual y moral con que desde hace años se viene fomentando el espíritu golpista; desde incluso diputados de los que en las últimas horas de su secuestro —cuando podrían tener noticias de que todo estaba terminado— alzaban su voz para defender la democracia hasta editoriales de periódico, unos con la por lo menos valentía de reconocer sus propósitos, otros con la mal conseguida astucia de ensalzar el militarismo de Turquía o de la Argentina. Los sediciosos no han faltado en nuestro país en estos últimos años. Y se han ido creciendo a medida que su impunidad aumentaba y que la debilidad de quienes tenían que reprimirlo —o el miedo, o un vago guiño de ojos— se hacía más y más patente. Todo este fomento impaciente y uniformemente acelerado de la insurrección estaba incluso siendo utilizado por aquellos que

practicaban la política siempre suicida de jugar con fuego, de quienes tratan de presentarse como el único recurso frente al caos. Se ha jugado demasiado con el fuego en este país; y algunos de los que jugaron con él lo sintieron el lunes crepitar sobre sus cabezas; y en un tris estuvo que no estallase dentro de ellas. Entre estos, y otros impunes de los que acuñaban el lenguaje del «esto no puede seguir así», «aquí tiene que pasar algo», o las tozudas y estúpidas reflexiones de que somos un pueblo ingobernable o de que siempre hemos necesitado mano dura, se ha llegado a esta trágica situación.

Que todo haya llegado a anidar en la cabeza más débil de las Fuerzas Armadas no tiene ninguna rareza. Siempre hay un pobre hombre que tiende a creerse el salvador. Si ese pobre hombre ha pasado por diferentes etapas de sus últimos años de carrera venciendo condenas y castigos e iluminado por el reflector de los sediciosos de traje civil, hay que buscar más allá de él mismo las responsabilidades.

Este hombre, los que le hicieron esperar algo de su acto insensato, los que le secundaron y los que le precedieron —ese supuesto Gobierno militar que debía presentarse de un momento a otro en las Cortes para recoger el fruto del golpe de mano— están lejos de representar un simple «incidente grave». Nacen de las raíces de la sedición, de las antiguas raíces de la sublevación.

Por eso sería seguramente erróneo considerar que el incidente no tiene futuro. Es cierto que la democracia ha tenido una victoria, y que ha superado la prueba más difícil de su corta historia en España; que en muchos aspectos esta victoria de la democracia haya procedido de algunos hombres que no creen en ella, pero sí en la sensatez, en el sentido común y en el riesgo de la patria, en su lealtad a unos juramentos, a unos símbolos, es una tranquilidad a medias. Como es también una fuente de tranquilidad el funcionamiento de una serie de instancias, a partir de la Corona y su serenidad, y de la constitución inmediata de un segundo Gobierno; y el magnífico servicio que las emisoras de radio privadas han prestado al país informándole con exactitud segundo a segundo; y la velocidad con que la Prensa, dentro de sus medios, ha puesto en la calle su opinión democrática.



El teniente coronel Tejero y el capitán de navío Menéndez, dos personajes del «grave incidente» del 23 de febrero.

Y la actitud popular, de contención y confianza. ¿Son suficientes esas satisfacciones? Si no se completan, no. No olvidemos un cierto hecho histórico que no deberá ser confirmado nunca como ley o precedente: la sanjurjada insensata del diez de agosto de 1932 precedió en menos de cuatro años al levantamiento del 18 de julio; y antes, el movimiento de Jaca precedió en unos meses a la proclamación de la República. Es preciso que el terrorismo del asalto al Congreso del 23 de febrero no preceda en nada a nada.

Pero para eso es preciso desprenderse de la ilusión óptica del «aquí no ha pasado nada» o del español «decíamos ayer». Aquí ha pasado mucho y muy grave, y se ha inferido una agresión a España, una herida a su costado que no se cicatriza con facilidad. A menos

que el nuevo Gobierno, y la nueva política de los partidos, si es que reflexionan suficientemente sobre el hecho, y la nueva actitud cívica de los españoles, pongan un no tajante a cualquier continuidad. Puede que este sobresalto sirva para algo. Si no sirve para nada, si no ocurre que el reforzamiento de la democracia se hace desde sus propios términos, lo que podría ser el último coletazo del franquismo podría ser el primer coletazo de una situación mucho más grave y mucho más incontrolada de la que acaba de verse. Hay que evitar que la capitalice nadie, y para ello hay que definirla con el vocabulario decimonónico al que corresponde la misma elaboración del hecho: una traición, una felonía, que no solamente atañe a los que la han perpetrado, sino a quienes la han alimentado. ■